

## BORGES Y LA LIBERTAD

**A**l hombre del que vamos a hablar en las siguientes líneas le gustaba considerarse no exactamente poseedor de una personalidad escindida, sino más bien, como el dios romano Jano, pensar que eran dos las personas que respondían al mismo nombre.

“Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico”.

*Borges y yo* es el título de la prosa poética de la que hemos tomado el anterior fragmento, y que podía haberse llamado perfectamente *Georgie y Borges*. “Borges” era el escritor consagrado, el políglota Homero de la Postmodernidad, el conferenciante de la Kábala o las literaturas escandinavas medievales y el coleccionista de doctorados *honoris causa*. “Georgie”, como siempre fue llamado por sus familiares y sus amigos, es el desconocido y ávido lector, el pudoroso caballero victoriano en la Buenos Aires del siglo XX, el hijo obediente y el enamorado tímido galán chapado a la antigua. A estas alturas, con la multitud de biografías y estudios críticos publicados sobre la figura, resulta hasta farragoso hablar de *Georgie* o de *Borges*, es decir, del Jorge Luis Borges Acevedo biográfico o literario. Por

---

Alberto Hernández Moreno es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia y profesor de Enseñanza Secundaria de Lengua castellana y Literatura. Entre otros libros es autor de *Pentaedro. Cinco ensayos de Historia* (2006), y *Literatura, ciencia y mercado* (2007). Actualmente es secretario de Ciudadanos para el Progreso y columnista de *La Opinión*.

eso proponemos examinar una faceta muy desatendida del maestro, presente en ambas vertientes (la familiar y la literaria) y que creemos que es digna de ser resaltada: su firme compromiso con la libertad.

La plenitud, si no literaria, sí al menos mediática, de Borges, coincide con unos años en los que ser escritor de fama hispanoamericano, activista político de izquierdas, furibundo antiestadounidense y supuesto adalid de las libertades eran una y la misma cosa. Pero Borges no obedece a ninguno de los perfiles que podemos evocar, como García Márquez, Carpentier, Cortázar o incluso Ernesto Sábato, su compatriota comprometido con los Derechos Humanos. Borges no fue nunca una de estas estrellas del firmamento político-literario, ni el estandarte enarbolado por ninguna corriente ideológica.

El compromiso de Borges con la libertad, inquebrantable y sólido, recuerda a la idea de un río subterráneo que recorre las entrañas de una montaña sin que se perciba su presencia. ¿En qué consistió, y cómo podemos descubrir, la lucha de este genial escritor, tan denostado por aquellos que han secuestrado y pervertido la palabra *libertad*? ¿Por qué podemos asegurar que este clarividente ciego, que parecía aislado de la realidad en su mundo de espejos, laberintos, tigres y bibliotecas, fue uno de los más inquebrantables bastiones de la libertad, en un siglo plagado de desmanes, atropellos y violaciones de ese derecho tan incuestionable, pero tan vulnerado? A estos interrogantes intentaremos atender a través de un itinerario biográfico e ideológico que muestra la actitud de Borges respecto a la libertad. Comencemos sin mayor dilación.

## **EL APRENDIZ DE ANARQUISTA INTELLECTUAL**

La imagen pública de Borges en sus años de madurez está indisolublemente ligada a una figura femenina. Pero esta figura no es la de ninguna de sus dos esposas, Elsa Astete y María Kodama, ni la de cualquiera de la pléyade de secretarías, amanuenses, colaboradoras y discípulas que solían rodearlo. Esta figura es la de doña Leonor Acevedo, su madre, una mujer de hierro que consagró su vida a la de su hijo ciego. Borges la quiso tanto que

llegó a decir que sentía no haber sido feliz no por sí mismo, sino por su madre, y que hubiera deseado ser feliz para que ella también lo fuese. Doña Leonor, que murió a los 99 años totalmente lúcida y consumida por el tiempo, como la Sibila de Cumas, fue la auténtica compañera de Borges.

En cambio su padre, don Jorge Guillermo, es una presencia fantasmal, ese hombre tan modesto y discreto que, en palabras de su hijo, *hubiera deseado ser invisible*. Borges lo evocaba a menudo, pero parecía que ese oscuro hombre no le había legado a su hijo, aparte del nombre y el apellido, más que su biblioteca en lengua inglesa y la ceguera, o, como dijo en su célebre *Poema de los dones* el propio Borges, *los libros y la noche*. Nada más lejos de la realidad. Doña Leonor pudo haber sido una madre posesiva y hasta tiránica, pero fue don Jorge Guillermo el que cinceló la personalidad de su hijo, quien le descubrió los arcanos de la Filosofía, le abrió la puerta del mundo de las letras, le transmitió la lengua de Shakespeare y Milton y, sobre todo, quien lo educó para la libertad.

El padre de Borges era abogado y profesor de Psicología. Descendía a la vez de una estirpe criolla que se destacó en las guerras de emancipación y civiles en Argentina, y de una familia de piadosos y grises emigrantes ingleses protestantes. De esta segunda rama heredó don Jorge Guillermo su pragmatismo y buena parte de las ideas de las que fue impregnándose su hijo. A Borges le gustaba recordar que su padre se consideraba un anarquista filosófico o intelectual, a la manera de Herbert Spencer.

“Mi padre era anarquista. Él me dijo que me fijara en las banderas, en las fronteras, en los distintos colores de los diversos países de los mapas, en los uniformes, en las iglesias, porque todo eso iba a desaparecer cuando el planeta fuera uno y hubiera simplemente un gobierno municipal o policial, o quizá ninguno si la gente fuera suficientemente civilizada. Él creía que esa utopía estaba esperándonos; ahora no se nota ningún síntoma, pero quizás a la larga tenga razón”.

Al margen de las embestidas contra las instituciones más respetadas e intocables (patrias, ejércitos e iglesias), bastante insólitas en boca de un acomodado burgués argentino de comienzos del siglo XX, hay en las palabras del padre recreadas por el hijo un alegato a la virtud que para Bor-

ges, padre e hijo, iba indisolublemente unida a la libertad: el individualismo. Borges aprendió de su padre que la principal amenaza para la libertad no era la tiranía, sino la alienación, la negación de la individualidad y su anulación. Por eso Borges nunca se tomó demasiado en serio esas instituciones que tienden a encuadrar a la persona, a cuadrricular su existencia y pensamiento.

El padre de Borges no sólo desdeñaba al Estado y al intervencionismo; lo temía. Era tal su rechazo que, hasta los nueve años, no autorizó a que su primogénito fuese a la escuela pública. Como anarquista, desconfiaba de toda empresa promovida y conducida por el Estado, y se burlaba abiertamente del santoral oficial argentino que en los colegios se inculcaba a los niños, lleno de próceres ilustres, padres de la patria, invictos generales y demás figuras acartonadas. No nos suena nada lejano todo esto, cuando la enseñanza y su instrumentación política son continuo tema de debate.

Borges pasó su niñez escuchando estas ideas, aunque nunca se propuso su padre la tarea de adoctrinarlo. Pasaban más tiempo hablando de libros o de Filosofía; resulta conmovedor repasar alguna vieja entrevista para oír a Borges, ya anciano, contar cómo su padre le enseñaba, siendo niño, las paradojas de Zenón con un tablero de ajedrez. Esta callada educación intelectual paterna hizo al joven Borges impermeable a las consignas que los maestros de la escuela pública, erigidos en sacerdotes de la religión de la Patria, inculcaban en sus alumnos. Borges fue educado para la libertad y para el individualismo. Se le enseñó que las personas tienen el derecho a discrepar de una verdad, *la verdad*, oficialmente impuesta. Y se le enseñó a desconfiar de las intromisiones del Estado en las vidas privadas, uno de los tradicionales vicios de la izquierda desde sus orígenes.

Podría decirse que, al igual que el misterioso sacerdote persa de *Las ruinas circulares*, que sueña (y crea) un hombre a su imagen y semejanza, el profesor Jorge Guillermo Borges estaba en el camino de modelar a su joven hijo según sus patrones. Sin embargo, y demostrando haber aprendido muy bien la lección, el adolescente Borges tomó su propio camino. Fue en las lejanas tierras helvéticas.

## EL “REGRESO” A EUROPA Y EL EMBLEMÁTICO AÑO 1917

Cuando la familia Borges cruzó el Atlántico, en 1914, para visitar Europa y pedir la opinión de los oftalmólogos suizos sobre la paulatina ceguera del cabeza de familia, el viaje no fue concebido como una partida, sino más bien como un retorno. Europea, británica concretamente, era la ascendencia materna del patriarca, y europeo era el ambiente cultural que se respiraba en el hogar familiar. Ignorantes del terremoto que se avecinaba, los Borges partieron casi en la víspera del estallido de la Primera Guerra Mundial. A causa de la misma, los cuatro años que duró debieron pasarlos confinados en Suiza, más exactamente en Ginebra, la ciudad de la adolescencia de Georgie.

Cuando se tuvieron noticias de la Revolución Rusa, Borges acababa de cumplir 18 años. Había cursado el Bachillerato en tierra extraña, y en un idioma hasta entonces desconocido como el francés. Era joven, y como joven en aquellos años estaba casi en la obligación de mirar con interés, con simpatías y con esperanza los sucesos que estaban teniendo lugar en el solar de los zares. Borges nunca fue comunista, ni siquiera en su juventud. Él no reparó en la ideología de los que guiaban al pueblo a sacudirse del yugo de los Romanov para unirse al de los bolcheviques; sólo veía un régimen caduco, anacrónico y medieval que era derrumbado al grito de libertad. Eso y poco más le bastó para convertirse en cantor de la Revolución en exaltados poemas que compuso entre 1918 y 1921, tanto en Suiza como en España (la familia estuvo viviendo en Mallorca, Sevilla y Madrid).

Estéticamente, las simpatías de Borges por la revolución soviética se corresponden con su interés por la poesía expresionista. En Suiza se hizo asiduo lector de los principales poetas expresionistas alemanes, como Becher, Klemm, Stadler o Stramm, muchos de ellos muertos en el frente, e imitó su estilo descarnado, impactante, casi tremendista, en los textos que iba componiendo. Sus títulos, como “Rusia”, “Épica bolchevique”, “Trincheras” o “Gesta maximalista”, lo dicen todo. Tenía el proyecto de reunirlos en un volumen cuyo título debía ser *Los salmos rojos* o *Los himnos rojos*, pero al final no se decidió, y sólo han sobrevivido algunos de los poemas, dispersos y fuera de sus *Obras completas*, al menos hasta que fueron resca-

tados en los valiosos volúmenes de *Textos recobrados* recientemente publicados por Emecé.

El rebelde y exaltado Borges, cantor adolescente de la lucha del pueblo ruso por su libertad, dio paso a una nueva etapa, tanto ideológica como estética, que se inaugura con el regreso de la familia a Argentina en 1921. A partir de ese momento, el escritor nunca dejó de considerar como una especie de “pecado de juventud” su breve idilio revolucionario.

## **NACIONALISMO, CRIOLLISMO Y DECEPCIÓN**

Borges había salido de Argentina en 1914 siendo un niño, y volvió en 1921 como adulto. Tras los años de ausencia, durante la adolescencia, regresó con un insólito bagaje cultural, un conocimiento directo de las vanguardias literarias europeas y dos nuevas lenguas, el francés y el alemán. Volvía a casa, pero era en el fondo una especie de extranjero. El paso del tiempo y los propios mecanismos de la mente y su deformación de la realidad habían convertido a la Buenos Aires de 1921 en una ciudad irreconocible. La decimonónica capital poblada por la patricia aristocracia criolla se había transformado en pocos años en una megalópolis en la que se hacinaban ingentes masas de inmigrantes llegados de Europa. La nostalgia de esa Buenos Aires que apenas conoció, pero que para él era la auténtica, y la necesidad de reivindicar su argentinidad, puesta en duda por no pocos, llevaron a Borges a un cambio ideológico y literario cuyas manifestaciones se aprecian durante casi una década.

Se ha dicho muchas veces que Borges se convirtió en un simpatizante del nacionalismo, pero eso no es cierto. Borges jamás llegó a entender y a reivindicar a Argentina; en él no hay un auténtico argentinismo, sino un criollismo que entendía que era Buenos Aires el centro, esencia y cifra de todo el país. Por eso en los poemarios compuestos durante esos años (*Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*) no aparece la Pampa, el escenario natural argentino por antonomasia, ni el gaucho, su figura emblemática. El escenario de estos poemas es la Buenos Aires de finales del XIX y principios del XX, recreada en una estética vanguardista

(Borges llevó a Argentina el Ultraísmo, el movimiento de renovación literaria genuinamente español). Del mismo modo, en los tres primeros volúmenes de ensayos publicados también entre 1925 y 1928 (*Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos*), conviven la metafísica, los clásicos españoles y la preocupación por la búsqueda de unos rasgos del carácter y la lengua de los argentinos que los convirtiesen en peculiares.

Si Borges hubiese sido realmente un nacionalista habría cantado en sus versos a los hechos de armas de la historia de su país o reivindicado su expansión territorial en los litigios que tenía pendientes con alguno de sus vecinos, en lugar de intentar recuperar una Buenos Aires perdida en un tono elegíaco. También olvidan los que maliciosamente han tachado de “nacionalista” a esta etapa del autor que lo que Borges pretendía era universalizar aquellos elementos que se podían ver como típicamente argentinos. Por ejemplo, en su poema “El truco”, perteneciente a *Fervor de Buenos Aires*, el popular juego de cartas argentino se convierte en símbolo de la eternidad y pretexto para desarrollar la dialéctica entre lo efímero y lo perdurable:

“Una lentitud cimarrona  
va demorando las palabras  
y como las alternativas del juego  
se repiten y se repiten,  
los jugadores de esta noche  
copian antiguas bazas:  
hecho que resucita un poco, muy poco,  
a las generaciones de los mayores  
que legaron al tiempo de Buenos Aires  
los mismos versos y las mismas diabluras”.

Si como “criollista”, y no “nacionalista”, podemos calificar al pensamiento y la estética de Borges en los años 20, más compleja es su definición ideológica. Los argentinos de la primera mitad del siglo XX padecían la misma enfermedad que algunos se empeñan en inocular en España: la “memoria histórica”, es decir, el *guerracivilismo*. Argentina padeció, como buena parte de las naciones hispanoamericanas, una cruel guerra civil a mediados del siglo XIX en la que se enfrentaron las facciones unitaria y fe-

deral, liberal y centralista la primera, y reaccionaria, militarista y regionalista la segunda. Los federales acabaron haciéndose con el poder, detentado de forma dictatorial y omnímoda por el sanguinario Juan Manuel de Rosas, quien hizo la guerra contra todos sus vecinos, y se enfrentó con británicos y franceses. Todas las familias argentinas en la época de Borges tenían muy presente a qué bando habían pertenecido sus ancestros, y la división entre unitarios y federales seguía latente y muy viva, sin un ápice de perdón u olvido. Los Borges, y muy especialmente los Acevedo, la línea materna del escritor, habían sido militares y políticos unitarios. Se sabe que doña Leonor, ya nonagenaria, respondía cuando era preguntada por política, incluso en los años 60 y 70, que ella sería siempre una *salvaje unitaria*, como si las facciones y enfrentamientos de hacía un siglo siguiesen vivos.

La lucha entre unitarios y federales es la base del texto capital del pensamiento político argentino, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, escrito en 1845. En él quedan recogidos y formulados, como dos polos, los conceptos de *civilización* y de *barbarie*, encarnados por ambos bandos de manera respectiva. Para Sarmiento, el culto a la violencia, el nacionalismo exacerbado y el autoritarismo de los federales de Rosas eran el sinónimo de la barbarie, mientras que el modelo político y social liberal, copiado de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, constituía la civilización, el ideal que debía importarse a Argentina para hacer que el país progresase.

Los Borges, como dijimos, eran unitarios, especialmente doña Leonor, pues su marido descreía de ideologías. Borges se crió en ese ambiente, pero al regresar a Argentina tras siete años de ausencia vio en la facción contraria un elemento de identificación nacional. Hay que decir que el periodo de simpatía de Borges hacia los enemigos históricos de su familia, y de apoyo a la Unión Cívica Radical, el izquierdista y populista partido del antiguo presidente y entonces candidato Hipólito Yrigoyen, no parece sustentado en sólidas y auténticas convicciones ideológicas. Es verdad que en 1928 formó parte de un comité de apoyo electoral al viejo político, que en ese año fue elegido para un segundo mandato, pero en ese mismo año, con Yrigoyen ya presidente, Borges comenzó a sentirse decepcionado no sólo con el líder radical, sino con la política en general, y se distanció de su ór-



bita. Tanto es así que cuando en 1930 un golpe militar derribó al Gobierno constituido, y puso en la presidencia al general José Félix Uriburu, no pasó de manifestar su preocupación por la subida al poder de un general simpatizante de Mussolini, y no dedicó ninguna palabra de solidaridad con el mandatario depuesto.

Borges quedó profundamente decepcionado con la política de la Unión Cívica. En ella acabó viendo un partido casi tan dogmático y peligroso como el socialista, la única alternativa seria y verosímil. El populismo de Yrigoyen, la demagogia de muchos de sus colaboradores, sus apelaciones fáciles a las masas, sus reivindicaciones imposibles y su enfrentamiento con las potencias democráticas extranjeras, que eran presentadas como invasoras y entrometidas, eran intolerables. Es significativo que, a partir de ese momento, Borges se dedicase exclusivamente a la creación literaria. En 1931 se convierte en uno de los sostenes de *Sur*, la revista cultural, cosmopolita y elitista, de la rica hasta decir basta Victoria Ocampo, y paralelamente comienza a escribir los maravillosos ensayos que en 1936 aparecieron recopilados bajo el título de *Historia de la eternidad*. Aquí es cuando la crítica comienza a hablar del nacimiento del “gran” Borges, el hermeneuta del tiempo y arquitecto de laberintos, en oposición al joven vanguardista y criollista de los años 20. Sin embargo, iban a comenzar los años de mayor compromiso de Borges con la libertad, en un periodo en el que su actitud fue una auténtica rareza en el panorama ideológico argentino.

## “YO, JUDÍO”

Argentina ha sido tradicionalmente el más europeo de los países iberoamericanos. Quizá por la casi total ausencia de sustrato indígena, Argentina siempre miró hacia Europa, convirtiéndose en su caja de resonancia en el Viejo Mundo. Así se explica lo hondo que calaron las doctrinas del Estado corporativo y totalitario italianas y alemanas en la cúpula militar que estuvo gobernando Argentina durante los años 30 y 40. Y no sólo entre los militares. La crisis del 29 se hizo notar en los sectores agrícola y ganadero, principales motores de la economía de la república, y las masas descontentas y empobrecidas comenzaron a acoger con gusto un discurso

político basado en la idea de un Estado fuerte e intervencionista, el fortalecimiento del nacionalismo y la hostilidad hacia Gran Bretaña, en cuya órbita económica se encontraban tanto Argentina como Uruguay.

En 1936 Borges comenzó a escribir en *El Hogar*, una revista cultural popular de gran difusión. Cuando en Argentina la persecución de los judíos, el revisionismo alemán, la destrucción de la cultura y el racismo quedaban aún demasiado lejos, y a casi nadie interesaban, Borges empleó la tribuna que le proporcionaba la revista para denunciar las prácticas de los gobiernos de Berlín y Roma, y para advertir a sus compatriotas de lo nefasto que sería que esas ideas se implantasen en Argentina. *El Hogar*, no obstante, era una revista destinada a un público popular (hay quien se ha referido a ella, un poco despectivamente, como una revista “para amas de casa”), y las advertencias de Borges no tuvieron repercusión.

Lo que realmente molestaba era su labor en *Sur*, precisamente la publicación más despolitizada por su dedicación puramente cultural. Como adalid de la aristocrática *Sur*, Borges fue criticado tanto por nacionalistas, que lo acusaron de extranjerizante y apátrida, como por izquierdistas, que lo tildaron de clasista y reaccionario, y poco comprometido con la lucha social. Vemos cómo hoy sigue a la orden del día que haya personas con la presunta potestad de declarar extranjeros en su propia patria a los que no piensan como ellos y de tachar de enemigos de la libertad a los que no son de su cuerda. Borges fue víctima de la doble calumnia, pero continuó firme en su compromiso de denuncia. Así era su carácter: en enero de 1934 la revista *Crisol* insinuaba el presunto origen semita de Borges, quien respondió con un texto publicado en *Megáfono* titulado, simplemente, “Yo, judío”. En él se sorprendía de la preocupación que causaba en ciertas personas en Argentina que otras tuviesen antepasados hebreos, y no que los tuviesen “fenicios, garamantas, escitas, babilonios, persas, egipcios, hunos, vándalos, ostrogodos, etíopes, dardanio, paflagonios, sármatas, medos, otomanos, bereberes, britanos, libios, cíclopes y lapitas”.

Durante la Guerra Civil española se mantuvo prudentemente alejado tanto de los tics autoritarios de los sublevados, como de los desmanes y atropellos de anarquistas, socialistas y comunistas. El compromiso de Bor-

ges no podía ir más allá, pues en una España tan fracturada y radicalizada no encontraba a nadie que sintonizase con sus ideas liberales, moderadas y escépticas. Pero estalló la Segunda Guerra Mundial, durante la cual Borges hizo valer su condición de antinazi, pero también de anglófilo y liberal. En este momento ya podemos hablar de nazismo en Argentina. Existía un periódico claramente nazi, llamado *El Pampero*, y los gobiernos de Roberto Marcelino Ortiz y Ramón Castillo simpatizaban con el Eje. En la calle las masas se declaraban abiertamente partidarias de Alemania y, aprovechando esa singular afinidad, Borges escribió el que seguramente es su más agudo, irónico e incisivo artículo político: la “Definición de germanófilo”, publicado en *El Hogar* el 13 de diciembre de 1940. En él Borges demuestra que los supuestos germanófilos argentinos ignoran por completo a Alemania:

“He tenido el candor de conversar con muchos germanófilos argentinos; he intentado hablar de Alemania y de lo indestructible alemán; he mencionado a Hölderlin, a Lutero, a Schopenhauer o a Leibniz; he comprobado que el interlocutor ‘germanófilo’ apenas identificaba esos nombres y prefería hablar de un archipiélago más o menos antártico que descubrieron en 1592 los ingleses y cuyas relaciones con Alemania no he percibido aún”.

Borges desenmascara al germanófilo argentino, que en realidad es un antibritánico, y a su manera profetizaba las trágicas consecuencias de enfrentarse con las armas a Gran Bretaña por las islas Malvinas, como sucedió finalmente en 1982. A Borges no se le escapa lo paradójico del sentimiento racista en un país formado por miles de inmigrantes de distintas procedencias, y advierte del antisemitismo de algunos compatriotas:

(El germanófilo) “es, asimismo, antisemita; quiere expulsar de nuestro país a una comunidad eslavogermánica en la que predominan apellidos de origen alemán (Rosenblatt, Gruenberg, Nierenstein, Lilienthal) y que habla un dialecto alemán: el yiddish o juedisch”. (El subrayado no figura en el original, pero es útil para resaltar la irónica contradicción).

Otro esclarecedor artículo, la “Anotación del 23 de agosto de 1944” (día de la liberación de París), perteneciente a su mejor colección de ensayos, *Otras inquisiciones*, también contiene un aviso, lamentablemente desoído, sobre una de las epidemias ideológicas más nefastas que está sacudiendo

hoy toda Iberoamérica: el indigenismo y la reivindicación de un pasado indígena apócrifo, unido a un fuerte componente racista, para fundamentar todo tipo de atropellos y prácticas totalitarias y dictatoriales:

“Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un viking, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe”.

Contundentes palabras escritas, recordemos, en unos años en los que pocos argentinos pensaban igual, y muchos menos estaban dispuestos a publicarlas.

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la bajada de las importaciones acarrearón la proliferación de la pequeña y mediana industria en Buenos Aires, y con ella la llegada masiva de obreros provenientes de las provincias que formaron un proletariado despolitizado en el que el nuevo hombre fuerte del régimen, el coronel Juan Domingo Perón, responsable de la Secretaría de Trabajo desde 1943 y después vicepresidente y ministro de la Guerra, intuyó el semillero de su maquiavélico plan para hacerse con el poder. Borges lo vio desde el principio. Perón creó grandes sindicatos estatales, prohibió los que le incomodaban, persiguió a la oposición de izquierdas (aunque, a la larga, terminó absorbiéndola) y aplicó unas políticas paternalistas y demagógicas basadas en aumentos salariales y mejoras sociales que siempre dependían de la lealtad hacia su persona.

En Perón vio Borges a dos de sus grandes fantasmas: el fantasma familiar de Juan Manuel de Rosas, el siniestro caudillo federal, precursor del populismo en Argentina e icono de los afectos a Perón, y el fantasma del fascismo (del que Perón, que había sido incluso agregado militar en Roma durante los años de gloria de Mussolini, era simpatizante). En su oscuro puesto de funcionario de la biblioteca municipal Miguel Cané, Borges escribía en silencio los cuentos de *Ficciones* y *El Aleph*, tal vez su particular manera de esquivar el oscuro futuro que se avecinaba. Sus amigos más cercanos festejaron el final de la Segunda Guerra Mundial y la derrota alemana, pero él vislumbró el futuro inmediato de Argentina. Rememorando esa época llegó a decir, mucho después:

“Esos nueve años son sólo una tarde monstruosa en cuyo curso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró a las Islas Británicas y el nazismo, arrojado de Berlín, buscó nuevas regiones”.

Borges estaba persuadido de que Perón iba a representar para Argentina lo que Hitler fue para Alemania. Sintió que el espectro del nazismo se iba a alojar en su país, y notó en la Argentina de finales de los años 40 el mismo clima que se respiraba en los estertores de la República de Weimar. En 1946 Perón se convirtió en presidente, y Borges pagaría caro su firme oposición.

## EL OSTRACISMO Y LA GLORIA

A Borges le gustaba pensar que había sido Perón quien, personalmente, le había destituido de su puesto de bibliotecario en la Miguel Cané, para adjudicarle un cargo cuando menos, chocante. Seguramente en 1946 Perón ni siquiera sabía de la existencia de Borges y fue algún nuevo gobernante local, resentido con nuestro escritor, quien le nombró “inspector de huevos, gallinas y conejos en mercados municipales”. El cargo resultaba humillante, pero lo era más aún aceptarlo, así que Borges renunció y quedó sin trabajo. Precisamente a raíz de este hecho, y de la escasez de dinero, comenzó una de las actividades que más fama mundial le reportaría: la de conferenciante. Pese a que sus puestas en escena no eran precisamente ciceronianas, su originalidad, erudición y densidad le facilitaron un empleo como profesor en la Asociación Argentina de Cultura Inglesa. Sus amigos, bueno es decirlo, no lo abandonaron, y le organizaron un acto de desagravio en las páginas de *Sur*. En el discurso de agradecimiento Borges dijo cosas tan rotundas como la siguiente:

“Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muera prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor”.

Después de leer estas palabras, nadie decente puede seguir diciendo que Borges no fue un escritor comprometido. Ningún escritor hispanoameri-

cano se expresó posteriormente en tales términos contra el totalitarismo, en los años en los que las *vacas sagradas* del “compromiso” paseaban por La Habana y pedían a gritos crear *dos, tres, muchos Vietnam*.

El acoso al que el peronismo sometía al mundo de la cultura era inmenso. Francisco Ayala, que había huido de España tras la Guerra Civil, no pudo resistirlo y volvió a exiliarse. Y escritores más jóvenes como Héctor Bianchiotti o Julio Cortázar también prefirieron huir a Europa. Borges se quedó, escribiendo cuentos fantásticos, ensayos, prólogos y agudas sátiras del mundo social, cultural y político argentino con su amigo e íntimo colaborador Adolfo Bioy Casares. El 8 de septiembre de 1948 un grupo de mujeres contrarias a las políticas de Perón se reunió en la bonaerense calle Florida para cantar el himno nacional y distribuir unos panfletos. Entre ellas estaban doña Leonor y Norah, la madre y la hermana de Borges. Fueron condenadas a un mes de cárcel, que en caso de doña Leonor, debido a su edad, fue sustituido por arresto domiciliario. Para Borges fue una segunda afrenta personal (la primera fue su despido) del autócrata populista.

Eran los años en los que, según su propia confesión, lo primero que pensaba al levantarse cada mañana era en que Perón seguía en el poder. La ceguera iba también haciendo estragos, y lo último que pudo ver Borges con nitidez fue cómo desaparecía, ya para siempre, la Buenos Aires tradicional que cantó en sus primeros libros de versos y que sobrevivía en algunos barrios, para convertirse en una ciudad grosera empapelada con el rostro de Perón y de su esposa Evita, y adornada con lemas y consignas políticas alienantes en todos sus rincones. El terror aumentó en 1953, tras la muerte de Eva. Las prisiones se llenaron de reclusos, y Perón arremetió contra la Iglesia, que no había dejado de condenar duramente su autoritarismo. En septiembre de 1955 un golpe militar, encabezado por la guarnición de Córdoba, tradicional bastión de los conservadores, y por la Armada, muy crítica con Perón, consiguió derrocarlo. Perón huyó a Centroamérica y luego a España. Era la llamada Revolución Libertadora.

El nuevo gobierno premió de inmediato a los intelectuales que se habían mantenido firmes contra Perón: Eduardo Mallea fue nombrado embajador en la UNESCO, Manuel Mujica Láinez, director general de

asuntos culturales, y Borges, director de la Biblioteca Nacional. Con *magnífica ironía*, el destino le regaló infinitos libros cuando ya no era capaz de leerlos, pero nunca Borges fue tan feliz como en los siguientes dieciocho años, paseando en un laberinto de anaqueles y rodeado de volúmenes cuyos lomos acariciaba con devoción. Fue su época de esplendor, un esplendor también literario, pues en 1960 apareció su mejor libro de poemas, *El hacedor*, que rivaliza en calidad y hondura tanto con *Ficciones* como con *Otras inquisiciones*. Fue la época de su breve y anodino matrimonio con Elsa Astete, a los 68 años, de la que se divorció tres años después.

Y fueron también los años en los que se convirtió en profesor de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires, durante los cuales recorrió todo el mundo libre iluminándolo desde la penumbra de la ceguera con sus conferencias y clases. Austin, Oklahoma, Londres, Manchester, Edimburgo, Madrid, París, Ginebra, Bonn, Estocolmo, Tel Aviv o Santiago de Chile son sólo algunas de las ciudades que visitó y en las que deleitó a multitud de auditorios charlando sobre los gnósticos, las *Mil y una noches*, Dante, Edgar Allan Poe, el tiempo circular o Quevedo. Lo significativo de estos itinerarios es la exclusión de países socialistas, con regímenes totalitarios o revolucionarios, actitud muy digna, por cierto, pues eran legión los escritores hispanoamericanos que hacían cola para viajar a La Habana a hacerse una fotografía con Fidel Castro.

La izquierda mundial odiaba a Borges. Lo odiaba literariamente, pues sus cuentos estaban muy lejos del realismo social, pedestre, vulgar y sectario, que ellos defendían. Borges seguiría siendo siempre frívolo, escapista y poco comprometido. Y lo odiaba por sus pequeños gestos, como su visita a Israel, país al que siempre quiso y por el que siempre manifestó gran simpatía, y que la izquierda interpretó como una auténtica provocación. Cuentan que cuando era profesor en la Universidad de Buenos Aires, un día irrumpió un estudiante en el aula y se dirigió a él en los siguientes términos:

- Profesor, tiene que interrumpir la clase.
- ¿Por qué? –preguntó Borges.
- Porque una asamblea estudiantil ha decidido que no se den más clases hoy para rendir homenaje al Che Guevara (que acababa de morir en Bolivia).
- Ríndanle homenaje después de la clase –respondió Borges.

- Vamos a cortar la luz –argumentó desafiante el estudiante.
- Me he tomado la precaución de ser ciego. Corte la luz.

Borges se quedó en el aula, habló a oscuras, fue el único profesor que dio su clase hasta el final y sus alumnos, impresionados, no se movieron de sus pupitres. Cosas así eran las que sacaban de quicio a la izquierda. También comentaba cómo en sus visitas a universidades estadounidenses, sistemáticamente era preguntado sobre por qué no odiaba a los Estados Unidos, pues la gente entendía que, siendo escritor iberoamericano, estaba en la obligación de hacerlo. La gente parecía decepcionada, un par de insultos contra los Estados Unidos era lo menos que podían esperar de alguien que era anunciado como “gran escritor hispanoamericano”...

En el prólogo a su colección de cuentos *El informe de Brodie* (1970) el propio Borges explicó los motivos que le llevaron a adoptar formalmente una adscripción política:

“Me he afiliado al Partido Conservador, lo cual es una forma de escepticismo, y nadie me ha tildado de comunista, de nacionalista, de antisemita, de partidario de Hormiga Negra o de Rosas. Creo que con el tiempo mereceremos que no haya gobiernos. No he disimulado nunca mis opiniones, ni siquiera en los años arduos, pero no he permitido que interfieran en mi obra literaria, salvo cuando me urgí la exaltación de la Guerra de los Seis Días”.

En estas palabras perdura el anarquista intelectual que fue su padre, y que Borges tampoco dejó de ser jamás.

## **LA VUELTA DEL INNOMBRABLE Y EL GOBIERNO DE LOS “CABALLEROS”**

Pero en 1973 volvió Perón, tras hacerse con la victoria electoral el Partido Justicialista, y tras renunciar a la presidencia su candidato, Héctor Cámpora. Horrorizado por el retorno del déspota, Borges renunció inmediatamente al cargo de director de la Biblioteca Nacional, pues era un puesto oficial y no deseaba tener vinculación alguna con el poder. No duró mucho en la Casa Rosada el antiguo general, pues falleció en 1974. Como si de una monarquía se tratase, le sucedió en la magistratura su segunda esposa,



María Estela Martínez, quien, a diferencia de la anterior, Evita, era sumamente impopular.

La breve presidencia de María Estela estuvo dominada por el enrarecimiento de la vida política argentina en grado sumo. La inflación, la fractura social y la violencia en las calles condujeron a que, una vez más, los militares interviniesen. En 1976 fue depuesta por una Junta encabezada por el general Jorge Rafael Videla. Al producirse el hecho, Borges respiró aliviado: “por fin tendremos un gobierno de caballeros”. Pero los acontecimientos de 1976 no eran los mismos que los de 1955. La Junta Militar estaba muy lejos del espíritu cívico y regenerador de la Revolución Libertadora, y condujo al país a la locura: en el interior se desató una lucha sin cuartel contra la subversión en la que se cometieron toda clase de atropellos y violaciones de los Derechos Humanos. Y en el exterior se estuvo a punto de ir a la guerra con Chile en 1978 por la soberanía del Canal Beagle y los tres islotes que guardan su entrada.

Al primer respecto, Borges condenó, en Buenos Aires, la represión en una entrevista concedida al diario *La Prensa* en abril 1980: “no puedo permanecer silencioso ante tantas muertes y tantos desaparecidos”. Y en agosto firmó el manifiesto escrito por Ernesto Sábato y publicado en el diario *Clarín* pidiendo cuentas al Gobierno por los desaparecidos. En cuanto a la crisis con Chile, Borges censuró la campaña antichilena impulsada desde el poder y destinada a movilizar a la población argentina contra el vecino en caso de conflicto. Llegó incluso a visitar Santiago para recibir de Pinochet la máxima condecoración civil chilena, la Orden de Bernardo O’Higgins, lo cual contribuyó, sin duda, a que el Premio Nobel de Literatura del año 77 fuese para Vicente Aleixandre y no para él, como estaba previsto. Borges entendió que su visita pudo haberse interpretado como un gesto de apoyo al gobierno militar del país andino, y se disculpó asegurando que él sentía que quien le condecoraba era la nación y los lectores chilenos, y no el general. Los atildados académicos suecos, que perdonaron a Neruda su fervor estalinista, a García Márquez su profundo amor por la dictadura de Fidel Castro y a Miguel Ángel Asturias su aplauso a los regímenes corruptos y tiránicos de Guatemala, le cerraron para siempre las puertas del Nobel a Borges, razón de peso para no tener demasiado

en cuenta la calidad literaria de los premiados, cada año más desconocidos, que van engrosando la lista de afortunados.

Mencionemos ahora, pues ha aparecido su nombre, que Borges siempre guardó un eterno rencor hacia Neruda no sólo por estar en las antípodas ideológicas, sino especialmente por el hecho de que en el *Canto general* del poeta chileno aparecen condenados todos los tiranos y dictadores de Iberoamérica... o más bien los tiranos y dictadores de derechas, porque Neruda se cuidó muy bien de no nombrar a Perón, quien, a pesar de haber perseguido a los comunistas y socialistas durante sus mandatos, siempre despertó gran fascinación por parte de las izquierdas. Borges sabía perfectamente que la omisión de Neruda no era un olvido, y jamás se lo perdonó.

La Junta Militar argentina carecía de cualquier tipo de iniciativa política y su popularidad, si es que alguna vez la tuvo, estaba en números rojos a comienzos de la década de los 80. Tras la breve presidencia del general Viola, su sucesor, el general Leopoldo Galtieri, cometió la increíble torpeza de invadir el archipiélago de las Malvinas, bajo soberanía británica pero reivindicado por Argentina, en un intento de desviar la atención de la galopante crisis económica y de aglutinar a todo el pueblo contra un enemigo común. Los argentinos respaldaron masivamente la acción militar, no así Borges. Y no sólo por su condición de descendiente de ingleses, y de anglófilo. Era una acción insensata, cuyas consecuencias no se habían medido: si Argentina salía victoriosa, los militares se perpetuarían en el poder. Y si Argentina perdía, la derrota militar dejaría al país al borde del colapso institucional. La voz de Borges fue de las pocas que se oyeron contra esa guerra absurda e improvisada que Argentina perdió estrepitosamente. Su alegato por la paz fue una prosa poética titulada "Juan López y John Ward".

"Les tocó en suerte una época extraña. El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en una aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel. Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen. El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender”.

La embajadora estadounidense en las Naciones Unidas lo leyó ante el Consejo de Seguridad al término del conflicto. No sirvió para reconciliar ni acercar posturas, pero sí para demostrar que el compromiso del octogenario escritor con la libertad y la paz seguía vigente.

La Junta Militar cayó poco después que la guarnición de las Malvinas, rendida a las tropas británicas el 14 de junio. Se volvieron a convocar elecciones, y en ellas resultó ganador el candidato radical Raúl Alfonsín. Borges estaba ya demasiado viejo como para volver a tener ilusión con un proyecto político, y dedicó los pocos años que le quedaban a viajar por Francia, Estados Unidos, España, Italia, Israel, Japón, Grecia y Marruecos con María Kodama, una de sus antiguas alumnas, que desde 1975, el año de la muerte de doña Leonor, solía ser su inseparable acompañante.

En noviembre de 1985, enfermo de cáncer y decepcionado de la vida política argentina, Borges se instaló en Suiza para morir en Ginebra, la ciudad de su adolescencia. Una cuestionable boda por poderes en Paraguay convirtió a María Kodama en su esposa y única heredera, poco antes del 14 de junio de 1986, el día de su fallecimiento. Cumpliendo su última voluntad, fue enterrado en el cementerio ginebrino de Pleinpalais. Ese mismo día, en Buenos Aires, el Senado de la Nación le privó de un homenaje póstumo por falta de *quórum*. Los diputados de izquierdas se negaron a reconocer al que a buen seguro es no ya el mayor escritor argentino de todos los tiempos, sino probablemente el mayor que haya existido hasta hoy en lengua española.

## EPÍLOGO

Borges murió hace más de dos décadas, pero su voz, titubeante, apagada y sabia, sigue sonando. Nos quedan sus muchos libros de poemas, sus co-

lecciones de cuentos, sus compilaciones de ensayos, sus recopilaciones de prólogos y reseñas, sus artículos periodísticos, sus guiones de cine, sus ediciones y antologías y la maravillosa obra en colaboración que hizo con su compañero de letras, Adolfo Bioy Casares. Pulió endecasílabos con la destreza de un clásico del siglo XVII, elevó a la prosa en español a su máximo nivel de pureza, perfección y elegancia, tejió los argumentos más sorprendentes y profundos, y fatigó las literaturas de todo el mundo sin perder jamás la ilusión por la lectura. Erudito imprevisible, cosmólogo y padre de utopías, huésped de cielos y de infiernos y urdidor de conjuras invisibles, fue sobre todo un hombre consagrado a la defensa de la libertad. Borges murió hace más de dos décadas, pero nos quedan sus palabras.

“Cuando se acerca el fin –escribió el anticuario Joseph Cartaphilus, que fue Homero, y que fue también el tribuno Marco Flaminio Rufo en *El inmortal*, acaso su mejor cuento– ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras”. Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros fue el inmensurable tesoro que le dejó Borges a las horas y a los siglos.

## **PALABRAS CLAVE**

Libertad • Pensadores liberales • Valores occidentales • Iberoamérica

## **RESUMEN**

El inquebrantable compromiso de Borges con la libertad es el leitmotiv de un texto que repasa la biografía y la bibliografía del autor de *El Aleph*. En un siglo donde fueron legión los escritores hispanoamericanos que acudieron a fotografiarse con los Castro, el itinerario intelectual y vital del escritor argentino que mereció ser Premio Nobel marca una envidiable individualidad reflejada tanto en su desconfianza ante las intromisiones del Estado en la vida privada como en su firme oposición al régimen autocrático de Perón.

## **ABSTRACT**

*Borges' unyielding commitment to freedom is the leitmotiv of a text that reviews the biography and bibliography of the author of The Aleph. In a century where a host of Latin American writers had their photographs taken with the Castro brothers, the intellectual and vital path of the Argentinean writer who should have been awarded a Nobel Prize, shows an enviable individuality evidenced in his distrust before the State's interference in private life and his staunch opposition to Perón's autocratic regime.*